

Pandemónium

Revista Quincenal Ilustrada
de Ciencias, Letras y Artes

No. 110

30 de setiembre de 1914

Año IX



LIBRERIA ALSINA



Obras literarias y Novelas
de los más célebres autores

INMENSO SURTIDO
EN EFECTOS PARA ESCRITORIO

Objetos para regalos

PRECIOS AL ALCANCE DE TODOS

Calle de la Estación y Calle 3ª Norte
SAN JOSE, Costa Rica

PANDEMONIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

EDITORES: MURRAY Y CÍA. • ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA ALSINA

AÑO IX

30 DE SEPTIEMBRE DE 1914

NÚM. 119

Boliviana

Compuesto este soneto a propósito
del nuevo planeta que Flammarion
bautizó con el nombre del héroe.

¡Oh, Bolívar! que al épico litigio
de la América esclava y al ibero
das fin, y para admiración de Homero,
ciñes a un Continente el gorro frigio.

¡Qué bien está tu nombre alto y severo
y como siempre en alas del prodigio,
girando en esotérico prestigio
por el cielo en la lumbré de un lucero!

¡Libertador! divino lauro es éste:
que por tu nombre escapes de la tierra
y en un fulgor los ámbitos reboses

luciendo en la mecánica celeste
entre Marte, el Dios mismo de la Guerra,
y Júpiter, el Padre de los Dioses!

Ismael Urdaneta

París, abril 15 de 1914.

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

EDITORES:

MURRAY Y COMPAÑIA

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA ALSINA

APARTADO 249—TELÉFONO 36

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

CONDICIONES:

Número suelto	0-25
Suscripción por un mes	0-50
" " trimestre (adelantado)	1-25
Número atrasado	0-40
Para Centro América los mismos precios.	
Para el Extranjero,	
el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)	

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SUMARIO:

TEXTO

Boliviana	ISMAEL URDANETA	Las intenciones de Walker	LORENZO OLIPHANT
Edgar Allan Poe	ÁNGELA BALDARES	El lema del Reino de Bélgica	ALFREDO OPISSO
El origen de los políticos	AZORÍN	Visión apocalíptica	EMILIO ZOLA
Poema de los Troncos	ARTURO GARCÍA SOLANO	Un caso	BILLO
Cromo	J. ALBERTAZZI AVENDAÑO	Imitación de Carducci	MANUEL DEL PALACIO
La cerámica de Chira	ANASTASIO ALFARO		

GRABADOS

Alegoría.—Edgar Allan Poe.—Sra. Angela Baldares.—
Arturo García Solano.—J. Albertazzi Avendaño.—Alfarería pre-colombina.—El Kaiser y von Moltke.—Sepelio de las víctimas del *Amphion*.—General French.—Winston Churchill.—Lord Kitchenet.—La Princesa Victoria Luisa y el Príncipe Cumberland.—Alberto I, Rey de Bélgica.—General Lehmann, defensor de Lieja.—Caricatura extranjera.

Edgar Allan Poe

Se hizo este trabajo por la Sra. Baldares en el "Centro Ariel", en la noche del 21 de este mes.

Evocad en vuestra mente el recuerdo del poeta más original y sombrío y veréis aparecer en el dintel de vuestro pensamiento, precedido de fantásticas apariciones y de visiones apocalípticas, la figura melancólica de aquel clásico del dolor y la melancolía que se llama Edgar Allan Poe, el lírico

sublime que convirtió cada pena, cada lágrima, cada lamento de su corazón, en bloque de mármol para su pedestal.

Separado de sus padres por la muerte de éstos ocurrida en el tercer año de su nacimiento (1809), Poe fué recogido por un acaudalado comerciante de Baltimore, de nombre Allan, quien se

prendó de su inteligencia y su belleza. Desde entonces el niño Edgar tomó el nombre de su padre adoptivo y se llamó Edgar Allan Poe. A la edad de 7 años viajó por Inglaterra, Escocia e Irlanda en compañía de su protector y luego permaneció en un colegio cerca de Londres por espacio de 5 años.

De regreso a Estados Unidos en 1822, continuó sus estudios clásicos en la Universidad de Richmond; logró allí ocupar un puesto prominente entre sus compañeros por sus admirables dotes intelectuales, por su distinción, por su belleza.

«Tenía la frente alta y dominante, dice Baudelaire, con ciertas protuberancias que revelaban las cualidades suberabundantes que debían representar, y en ella predominaba, con una expresión de serena altivez, el sentido estético por excelencia. Sin embargo, a pesar de estos dones y aun a causa de tan exorbitantes privilegios, aquella cabeza, vista de perfil, no presentaba tal vez un aspecto agradable, podría resultar un déficit de la abundancia, una pobreza de la usurpación. Los ojos, grandes y sombríos, estaban llenos de luz, aunque tenían un color vago y tenebroso; la nariz era bien formada; la boca, muy fina, entreabríase a veces por una triste sonrisa; tenía el color moreno claro y generalmente con la expresión algo distraída por efecto de una melancolía habitual».

A pesar de su complexión casi femenina tenía gran afición por el sport y era atleta. En muchas ocasiones apareció triunfante en diferentes deportes, con lo cual creció su importancia entre sus compañeros.

En este tiempo conoció a una joven llamada Elmira; con ella tuvo promesas matrimoniales, pero su rápida partida para la Universidad de Virginia puso fin a sus relaciones. De regreso a Richmond encontró ya casada a la que había sido su prometida. Esto constituyó para su temperamento melancólico y sombrío una fuente de

tristeza y de lágrimas que cristalizó en sus versos publicados con el título de *Tamerlane y otros poemas*.

Alejado de su padre adoptivo por disgustos ocasionados por despilfarros de dinero, partió para Oriente, regresando a su patria en 1829. Ingresó a la escuela militar de West Point, donde permaneció un año, y luego se dedicó por completo a la literatura.

Desheredado de su padre adoptivo y de la fortuna, anduvo errante por su patria hasta el año 1833, que aparece en Baltimore, vencedor en un certamen en que se había ofrecido un premio de dinero al mejor cuento y al mejor poema.

Este acontecimiento, al parecer sin importancia, traía los fulgores de una nueva vida para el poeta, porque su triunfo lo dió a conocer.

El propietario de *El Mensajero Literario del Sur* necesitaba un hombre de talento artístico a quien encomendar la dirección de su revista y llamó inmediatamente a Poe a colaborar con él.

Fué grande la importancia que alcanzó *El Mensajero del Sur* bajo la inteligente dirección del joven poeta; allí se publicaron algunos de sus *Cuentos Extraordinarios* y artículos críticos sobre literatura americana; estos le acarrearón, con la admiración de unos, el odio de otros; a propósito de esto, dijo Poe una vez: «En la crítica seré firme y fuerte, absolutamente justo con los amigos como con los enemigos».

* * *

En mayo de 1836 se unió en matrimonio con su prima Virginia Clemm, una encantadora niña de 14 años que lo amaba con toda la fuerza de su juvenil ardor. El religioso respeto que Poe sentía por la mujer, se acentuó más al lado de su infantil compañera. Para ella fué su amor de esposo, su amor de poeta, su amor de ser sin



EDGAR ALLAN POE

ventura, que no tenía nadie a quien querer.

Por disgustos con el propietario de la revista que dirigía, se vió obligado a abandonar su puesto y continuar la vida errante de antes.

En 1839 publicó en Filadelfia algunos con el título de *Lo Grotesco y lo Arabesco*; fué más tarde redactor del *Graham's Magazine*, donde publicó su célebre cuento *El Crimen de la Calle Morgue*.

El destino, cruel y ensañado con el desdichado poeta, le presentó en bandeja de oro todas las dichas del amor para que las saboreara una a una y arrebatárselas después. La rápida enfermedad de su compañera Virginia lo abatió completamente; durante las noches, desesperado, solitario, erraba por las calles horas enteras y costaba gran trabajo hacerlo volver a casa.

Llegó a tal extremo su pobreza, que varios periodistas levantaron una suscripción para auxiliarlo, con lo cual aliviaron sus necesidades materiales, pero maltrataron hondamente su orgullo y altivez.

Al fin la dulce esposa sucumbió, dejando abandonado el ser desdichado que en medio de las asperezas de la vida, que tan ingrata era para él, había cifrado en ella su ideal, su consuelo, su esperanza y su alegría.

Ahora en voz baja, debo hablaros de un defecto de Poe, quizá el único en su vida de luchador: su pasión por el licor.

Aunque mi intención no es hacer aparecer al poeta como irresponsable de su falta, creo que su debilidad no justifica el rigor con que se le ha tratado. Sin embargo, los hombres le despreciaron por débil, a pesar de que el vicio que le minaba la vida no le afectaba la claridad y transparencia de pensamiento, ni la elegancia de estilo en sus composiciones artísticas.

Felizmente, su misma obra lo ha salvado; y lo ha salvado porque ha sido duradera y durará siempre por el sentimiento, originalidad y belleza que campean entre sus páginas.

Con el correr de los años, el concepto sobre Poe ha cambiado notable-

mente. Sus libros se han traducido a varios idiomas, sus paisanos lo leen y aunque tarde, lo recuerdan con cariño y con orgullo.

Después de la muerte de su esposa, las costumbres del poeta se pervirtieron notablemente, sus fuerzas físicas debilitadas por las privaciones comenzaron a agotarse. A pesar de eso, siguió luchando, trabajando con empeño, errante siempre, y siempre soportando las ingratitudes del hado y de los hombres.

En este último período de su existencia quiso colmar uno de los deseos de toda su vida: tener una revista propia. Con ese fin escribió algunos poemas y dió una serie de conferencias. En Richmond alcanzó un éxito ruidoso con su célebre conferencia sobre el Principio Poético, pero desgraciadamente, pocos días después, cuando se preparaba para su segundo matrimonio, fué recogido, ya moribundo, en la estación de Baltimore, y falleció en el hospital en octubre de 1849.

* * *

Un explorador en las tierras vírgenes de la melancolía y el dolor—tal me parece Edgar Poe en el campo de la literatura.—Su obra no está inspirada en la naturaleza y muy pocas veces en asuntos exteriores. De codos sobre el brocal de su alma, miró a su interior y como allí rebosaran las amarguras, en sus labios florecieron los versos musicales, tasas de alabastro destinadas a recoger sus penas.

Como es puro en el arte, fustiga con su palabra a los que contravienen las leyes de la sinceridad poética, esencialmente a quienes se alejan del sendero de la originalidad. El ha dicho que «no hay virtud literaria superior a la originalidad», que «las invectivas contra ella no son proferidas sino por personas a la vez vulgares e hipócritas. Y digo hipócritas, agrega, porque el amor a lo nuevo forma parte, indiscutiblemente, de nuestra naturaleza moral; y puesto que la originalidad es una clase de novedad, quien profesa desdén por ella, en literatura

como en cualquier otro asunto, no podrá hacer creer que en todo lo demás es sincero.

oído en la lengua humana. Atestiguándole está su célebre poema *Las Campanas*; es éste un poema onoma-



SRTA. ANGELA BALDARES

Ama su lengua y la engrandece. A pesar de la famosa aridez del inglés, se convierte en instrumento de sus delicadas notas, haciéndolo producir los sonidos más musicales, que se han

topéyico en el cual se distinguen cuatro diferentes sonidos de campanas: de plata, de oro, de bronce y de hierro. Las campanas de plata, con su retintín despiertan en la mente la vi-

sión de una noche invernal, de un suelo cubierto de nieve brillante por la luz de la luna y un trineo que pasa

anunciándose con su campana de plata.

Las de oro anuncian una boda.

Y cómo en los aires flota
la áurea nota!
Cómo brota,
cuál dice de dicha ignota
en el balsámico efluvio de noche primaveral!
Y cuán dulce y cuán sonoro
din dan, din dan!,
es el coro
din dan, din dan!
de la campana de oro
que en su lengua musical
celebrando está el misterio de la noche nupcial!

Desesperadas, en la calma de la noche lanzan gritos de terror las campanas de bronce llamando a fuego, mientras el rojo elemento tiñe

de escarlata los cielos y las cumbres.

Lenta y tristemente, las campanas de hierro tocan a muerto y parece que

En esos dobles alienta algún espíritu irónico
que a cada nota que zumba,
con agrio gesto sardónico,
rueda implacable y derrumba
y oprime con todo el peso de la piedra de una tumba
el humano corazón!
Quienes tañen las campanas de los toques funerales
no son mortales,
son espectros sepulcrales!
Y es el *Rey de los espectros quien toca con más tesón*
y parece que sintiera intenso placer diabólico
en ese toque simbólico
de muerte y desolación.
Din dan, din don,
din dan, din don!
Dobla, dobla el son monótono, dobla el toque funeral.
Y el Rey espectro su gozo
refina en este sollozo,
en este intenso suspiro
que en su giro
remeda el doble augural
que va recordando al hombre de su existencia el final!,
din dan, din don,
din dan, din don,
el toque sigue y no cesa
y vibra en el alma opresa
sordamente como un cuerpo que cayera en una huesa...
Din dan, din don,
din dan, din don,
resuena en el corazón
de la campana que dobla el lento y lúgubre son!

Existen en castellano dos buenas traducciones de este poema: una de Domingo Estrada y otra de Carlos Arturo Torres. Esta última es la que he empleado.

Acerca de la manera como fué escrito esta melodiosa poesía, se cuenta

que Poe se dirigía una noche de la Biblioteca a su casa, en Baltimore; nevaba y las campanas del templo vecino repicaban alegremente; sus notas inspiraron al poeta bellísimas estrofas que temía perder, pues no llevaba lápiz ni papel. Entró precipitadamente en

casa del Juez, quien lo pasó a su despacho y se retiró. Cuando regresó, al cabo de corto tiempo, la visita se había marchado, pero con gran sorpresa se encontró en el escritorio las tres primeras estrofas de *Las Campanas*.

No menos bello que el anterior es su admirable poema *El Cuervo*, del cual tenemos dos buenas traducciones, la de Pérez Bonalde que es la que he empleado y la de Isaías Gamboa. Si *Las Campanas* están hechas de melodías, *El Cuervo*, además de su belleza es admirable por el símbolo que encierra, porque *El Cuervo* es el dolor.

Cuántos seres desesperados han sentido, como el poeta americano, aletear en su corazón el ave fatídica del pesar!

El Cuervo se agita en el alma del infeliz presidiario que entre las paredes de su estrecha celda ve agrandarse cada día más el recuerdo del ser a quien en hora fatal arrancó la vida, como en el corazón de la madre que ve desaparecer a su hijo entre los brazos descarnados de la muerte, *El Cuervo* tiene vida, en fin, en el alma de todos esos seres sin esperanza, ancianos por el peso de las desilusiones.

Resplandece en sus estrofas, como una claridad lunar, el suave fulgor de un amor que no tiene más vida que la del recto: es el afecto del amante por Leonora, la virgen muerta.

Dice así:

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
a mi puerta oí llamar,
como si alguien suavemente, se pusiese con incierta
mano tímida a tocar:
«És, me dije, una visita que llamando está a mi puerta;
eso es todo, y nada más».

Ah! bien claro lo recuerdo; era el crudo mes del hielo
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar
tregua a la honda desventura de la muerta Leonora,
la radiante, la sin par,
virgen rara a quien Leonora los querubos llaman, hora
ya sin nombre... nunca más!

El estudiante deja sus libros, se levanta, abre la puerta y se encuentra rodeado sólo de soledad y sombras.

Resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora
yo me puse a murmurar,
y que el eco repetía como un soplo ¡Leonora!...
Esto apenas, nada más!

Como los golpecitos continuasen, abre la ventana, e inmediatamente penetra un cuervo que va a posarse sobre un busto de Pallas, colocado sobre la puerta.

El estudiante, por burlarse del cuervo, le pregunta por su nombre,

a lo que él responde «Nunca más!»
Por el momento, tal contestación, lejos de preocuparle, le provoca la risa, pero luego siente asomar entre la aridez de su alma un riachuelo de esperanza:

«Miserable ser, me dije, Dios te ha oído,
y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
te ha venido hoy a brindar:
bebel bebe ese nepente y así todo olvida ahora».
Dijo el cuervo: «Nunca más».

La monótona contestación del ave que antes no le afectaba, le irrita, y aguijoneadas el alma y la curiosidad, interroga al Cuervo con la fé de un oráculo:

dime, dime, te lo imploro,
llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?
Dijo el Cuervo: Nunca más!

Se refleja en la siguiente estrofa uno de esos estados psíquicos en que se siente placer intenso mortificándose con la propia pena:

«Oh Profeta, dije, o diablo! Por ese ancho combo velo de zafir que nos cobija, por el sumo Dios del Cielo a quien ambos adoramos, dile a esta alma dolorida, presa infausta del pesar, si jamás en otra vida la doncella arrobadora a mi seno le de estrechar, la alma vírgen a quien llaman los arcángeles Leonora». Dijo el Cuervo: «Nunca más!

El sentimiento de pesar que se halla diluído en todo el poema, se concentra más en la última estrofa, donde se acentúa la desesperación!

Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura, y sus ojos son los ojos de un demonio que durmiendo las visiones ve del mal; y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca su ancha sombra funeral; y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... nunca se alzará... nunca jamás!

Atada con los lazos de la amistad y del agradecimiento estuvo la vida del poeta a la de algunas mujeres inteligentes y de gran corazón, que le profesaron afecto. Sarah Anna Lewis, Madame Osgood, María Luisa Shew, con su bondad y cariño exprimieron alegría y paz en la frente del poeta amigo.

Después de haber quedado viudo, Poe se enamoró de la ilustre poetisa Elen Whitman, a quien sólo conocía por sus producciones literarias. Pero una noche que vagaba por la casa de la escritora, la vió en el jardín a la luz de la luna, y la nocturna visión le inspiró el bello poema de amor titulado *A Elena*, tan admirablemente vertido al castellano por Balvino Dávalos y Leopoldo Díaz.

Hijas legítimas de su melancólica fantasía, las creaciones femeninas de

Poe se distinguen por su luminosa languidez, por su exquisita delicadeza, por su virginal espiritualidad. Todas parecen destinadas a vivir como Leonora entre los querubines, todas mueren amando, se alejan de la vida sin saber por qué o, como la heroína del *Retrato Oval*,¹ de falta de luz y aire en la torre del sacrificio voluntario. Eulalia, Ligeia, Annabel Lee, Ulalume, desfilan por la vida del poeta iluminándolo con su celestial pureza. De un fondo de tristeza se destaca el recuerdo de Annabel Lee y Ulalume, en los versos que llevan sus nombres.

Annabel Lee, es una historia de amor, ingenua y sencilla, tan hermosamente contada en inglés, que a pesar de la buena traducción, quisiera presentarla en el original. Hela aquí:

¹ Un cuento de Poe.

ANNABEL LEE

Muchos años corrieron desde entonces; en el reino lejano en que nací, junto al mar una virgen habitaba que llevaba por nombre Annabel Lee; ella sólo vivía por mi cariño, por ser amada y por amor a mí.

Yo era un niño, también ella era una niña, en el reino lejano en que nací; y con amor inmenso, inextinguible, nos amábamos yo y Annabel Lee; con amor tan profundo que envidiara desde el cielo algún blanco serafín.

Y tal fué la razón que en ese tiempo, en el reino lejano en que nací, una gélida ráfaga llevara para siempre, a mi linda Annabel Lee; así fué como lejos la llevaron, ay! lejos de mi amor, lejos de mí, y luego en un sepulcro lo acostaron en el reino lejano en que nací.

Los ángeles tal vez nos envidiaban, tal vez nos envidiaban, cuando allí, sí! tal fué la razón todos lo saben en el reino lejano en que nací una gélida ráfaga en la noche me arrebató a la linda Annabel Lee.

Mas nuestro amor tan fuerte y poderoso era, que otro mortal no amará así, que ninguno, después amará así, y ni pueden los ángeles del cielo, ni podrán los demonios conseguir, separar un instante mi alma triste del alma de la linda Annabel Lee.

Porque miro en la luna los ensueños de la cándida y linda Annabel Lee; y en la luz de las límpidas estrellas miro sus grandes ojos refulgir; y en las nocturnas horas me recuesto junto a la dulce amada que perdí, en su sepulcro, junto al mar distante, en el reino lejano en que nací.

Una tarde de octubre, nebulosa y fría, vagaba el poeta con su alma acongojada, por una avenida de cipreses en la melancólica región de Weir, a orillas del lago Auber. Venciendo los temores de su Psiquis la indujo a continuar por la sombría avenida, cuando de pronto, dice:

«de la avenida al fin, nuestra mirada detúvose en la puerta de una tumba, la puerta de una tumba legendaria. «Qué hay escrito—la dije—qué hay escrito de esa tumba en la puerta, dulce hermana? Ulalume!... Ulalume... ella repuso; tu perdida Ulalume idolatrada!...

Quedó mi corazón mustio y sombrío como las hojas secas y crispadas— como las hojas secas y encogidas. Y «fué octubre, sin dudas», murmuraba, «en esta misma noche cuando vine aquí, trayendo abrumadora carga. Del año que pasó fué en esta noche, en esta noche cual ninguna infausta. Ah! Qué demonio me empujó a este sitio y me condujo a esta región fantástica! Bien conozco este mudo lago de Auber y esta tierra de Weir fosca y nublada; reconozco el oscuro lago de Auber y de Weir la región brumosa y áspera: es el ciénago de Auber, es la triste región de Weir, vampírica y extraña».

La versión de estos últimos poemas fué hecha por Leopoldo Díaz, uno de los mejores traductores de Poe.

Además de los citados, son productos de la rica y fantástica imaginación de Poe los poemas titulados *La Tierra del Sueño, Balada Nupcial, La Ciudad en el Mar, El Lago, Al Aaraaf, Israfel*, etc.

En las *Historias Extraordinarias*, este poeta soñador abandona su musa por los más ocultos y apartados boscajes de la fantasía, el misterio y el terror: ya es el *Doble asesinato de la Calle Morgue*, o las espantosas escenas del *Gato Negro*, ya el odio del loco por el anciano del ojo glauco en *El Corazón Delator*, ya la maravillosa *Aventura del Hans Pfaall*, ya los odiosos crímenes de la Inquisición en *El Pozo y el Péndulo*. Y leyéndolo se sienten terrores fantásticos, sensaciones de tristeza, y como notas de cristales agitados por el viento, resuenan en el alma las suaves melodías arrancadas al verso por el inimitable autor de *Las Campanas*.

Angela Baldares

San José, 20 de setiembre de 1914.

SUSCRIBASE á "PANDEMONIUM" Es la mejor Revista ilustrada que se edita en Costa Rica.

El origen de los políticos

Cuando la especie humana hubo acabado de salir de las manos de Dios, vivió durante unos cuantos años contenta y satisfecha. Dios también estaba contento. Decididamente—pensaba,—he hecho una gran obra. Mis criaturas son felices; les he dado la belleza, el amor y la audacia, y por encima de todo, como don supremo, he puesto en sus cerebros la inteligencia.

Estas criaturas, sin embargo, gozaron breve tiempo de la dicha. Poco a poco se fueron tornando tristes. La tierra se convirtió en un lugar de amargura. Unos se desesperaban, otros se volvían locos, otros llegaban hasta quitarse la vida. Y todos convenían en que el origen de sus males era la inteligencia, que por medio de la observación y el autoanálisis les mostraba su insignificancia en el universo y les hacía sentir la inutilidad de la existencia en esta ciega y perdurable corriente de las cosas.

Entonces estas desdichadas criaturas se presentaron a Dios para pedirle que les quitase la inteligencia.

Dios, como es natural, se quedó estupefacto ante tal embajada, y estuvo a punto de hacer un escarmiento severísimo; pero como es tan misericordioso, acabó por rendirse a las súplicas de los hombres.

—Yo, hijos míos—les dijo,—no quiero que padezcáis sinsabores por mi causa; pero, por otra parte, no quiero quitaros tampoco la inteligencia, porque sé que no tardaríais en pedírmela otra vez. Además, entre vosotros no todos opinan de la misma manera; hay algunos a quienes les parece bien la inteligencia; hay otros a quienes no les ha alcanzado ni una chispita en el reparto y quisieran tenerla. En fin, es tal la confusión, que para evitar injusticias, vamos a hacer las cosas de modo que todos quedéis contentos. *Hasta ahora* la inteligencia la llevabais forzosamente en la cabeza, sin poder separaros de ella. Pues bien: de aquí en adelante, el que quiera podrá dejarla guardada

en casa para volverla a sacar cuando le plazca.

Dicho esto, el buen Dios sonrió en su bella barba blanca y despidió a sus hijos, que partieron contentos.

Cuando volvieron a sus casas se apresuraron a guardar cuidadosamente la inteligencia en los armarios y en los cajones. Sin embargo, había algunos hombres que la llevaban siempre en la cabeza; éstos eran unos hombres soberbios y ridículos que querían saberlo todo. Había otros que la sacaban de cuando en cuando, por capricho o para que no se enmoheciese.

Y había, finalmente, otros que no la sacaban nunca. Estos pobres hombres no la sacaban porque jamás la tuvieron; pero ellos se aprovecharon de la ordenanza divina para fingir que la tenían. Así, cuando les preguntaban en la calle por ella, respondían ingenuos y sonrientes: «¡Ah! La tengo muy bien guardada en casa.»

Esta sencillez y esta modestia encantaron a las gentes. Y las gentes llamaron a estos hombres los «políticos», que es lo mismo que los hombres urbanos y cortesés. Y poco a poco estos hombres fueron ganando la simpatía y la confianza de todos, y en sus manos se confiaron los más arduos negocios humanos, es decir, la dirección y gobierno de las naciones.

Así transcurrieron muchos siglos. Y como al fin todo se descubre, las gentes cayeron en la cuenta de que estos buenos hombres no llevaban la inteligencia en la cabeza ni la tenían guardada en casa.

Y entonces pidieron que se restableciese el uso antiguo.

Pero era ya tarde; la tradición estaba creada; el perjuicio se había consolidado.

Y los políticos llenaban los parlamentos y los ministerios.



ARTURO GARCIA SOLANO

Autor del *Poema de los Troncos*.

que mereció la «Violeta de Oro» en los Juegos Florales de 1914.

Poema de los Troncos

(Gauceado con la Violeta de Oro)

Hilad la seda de vuestro seno; libad vuestra propia miel; cantad vuestras canciones, porque tenéis un árbol, un ranal y un nido.

J. V. GONZÁLEZ.

Hasta la ruda frente
de un tronco carcomido—que asoma tristemente
su lívida figura
cual roto monolito de alguna sepultura—
llegó una golondrina que en pertinaz revuelo
apacentaba nubes por la extensión del cielo;
y en la quietud agreste de aquella serranía,
así los dos hablaron:

EL TRONCO

¡Dulce es vuestra alegría!

LA GOLONDRINA

Mi canto es de tristeza... Nostálgica, doliente,
erré por todas partes buscando ¡vanamente!
mi tierra, que aún ignoro, porque nací en la oscura
techumbre de una iglesia de vieja arquitectura
y fuíme hacia las nubes sorbiendo entre sus huellas
el éter que en las noches incendian las estrellas...
y retornar no pude a la techumbre amada!
¡Yo soy la inconsolable, la errante desterrada!

EL TRONCO

No os aflijáis... A todos un dolor nos acosa:
así al torrente bravo como a la frágil rosa.
Yo fuí gentil y noble; llevé un penacho de hojas
que rutilaba airoso bajo las tardes rojas,
y hoy vivo de recuerdos, perdido en estas lomas
zurciendo con retoños mi andrajo de carcomas!...

LA GOLONDRINA

Y qué recuerdo es ése que os colma bondadoso?

EL TRONCO

La visión del Pasado; mi pompa de coloso
que acarició la urdimbre de los sedosos nidos
y miró entre sus ramas — cual cestos suspendidos —
explosiones de orquídeas de afelpados colores
donde dejó el rocío sus trémulos fulgores...

LA GOLONDRINA

¡Qué hermosa fué tu vida; pero sus frutos vanos..
Decid: ¿en dónde están tus hijos, tus hermanos?

EL TRONCO

Mis hijos?—los robustos—cayeron en la tala
como el halcón rebelde que lleva rota un ala!
y hoy son en los armonios registros musicales;
techumbres religiosas de antiguas catedrales;
indómitas fachadas; coquetas talladuras
que muestran en la alcoba sus mórbidas figuras;
soberbios trasatlánticos de portes imperiales,
y tímidas canoas que atraviesan raudales!

En mis viejos hermanos, que la Vida no mella,
hay la olímpica pompa del fulgor de una estrella:
son laureles que dieron con sus clásicos gajos
seculares prestigios a empolvados andrajos
que en pretéritas lides de gallardos guerreros
absorbieron la sangre por los torvos aceros;

y laureles que en mármol—cual un símbolo egregio—
las estatuas levantan en gentil florilegio:
tal el blanco de espumas, tal el verde que avanza
tremolando a los aires su pendón de Esperanza;

Son rugosos olivos de una estirpe sagrada,
que al doblarse la frente de Jesús coronada,
—desde el místico huerto y entre vivos fulgores—
convertirse miraron las espinas en flores.

Y al llevar la paloma de sus ramas la flor
sobre el Arca cubierta por el ígneo fulgor,
fué la Paz que triunfaba rubricando el gran flanco
del oscuro horizonte con su veste de blanco;

Y son cedros caducos de ruinosas figuras
 que fingen de los siglos las hoscas sepulturas...
 Buscad en los del Líbano sus vagas inflexiones
 y ahí veréis la sombra de mil generaciones:
 estrellas que se apagan y mares desbordados;
 y pueblos que vencieron y pueblos conquistados;
 la ruta de los Bárbaros abriendo el continente
 con los torvos vigores de su puño inclemente:
 y Moisés—el Profético—con la tropa harapienta
 de los hijos de Israel ve rugir la tormenta,
 mientras se abre la aurora del gentil Nazareno
 como la luz que sigue tras el fragor de un trueno!

Y son troncos musgosos que en las selvas oscuras
 con líquen y con flores alegran sus figuras,
 mientras rubias abejas en gracioso tropel,
 van colmando risueñas su corazón de miel...
 Ellos dan a los pobres insectos su corteza
 como asilo amoroso de perenne tibieza,
 y a las turbas de pájaros—errantes soñadores—
 les enredan sus nidos en urdimbres de flores!

.....

LA GOLONDRINA

Loor a tus hermanos
 que en cojines de siglos se recuestan ancianos!

Loor al dulce olivo y al cedro y al laurel,
 y a los rugosos troncos de corazón de miel!
 Porque vieron el germen de la edad primitiva
 desbordarse en el Cosmos, como el agua cautiva
 que rompiendo los diques va ensanchando el ribazo
 por la inmensa llanura que le da su regazo;

Porque fueron el símbolo con que selló la Gloria
 —cincel, espada, o pluma—la soberbia Victoria;

Porque aman a los tristes y les dan su corteza
 como asilo amoroso de perenne tibieza...

Loor a tus hermanos
 que en cojines de siglos se recuestan ancianos!

EL TRONCO

Y a ti también loores porque eres bondadosa,
y dais a las palabras un perfume de rosa;
porque fuiste a las nubes sorbiendo entre sus huellas
el éter que en las noches incendian las estrellas!

LA GOLONDRINA

.....

Mi cariñoso amigo: que bello si pudiera
vivir en tus vetustas carcomas, a manera
del místico recuerdo que colma un relicario!...
Tu voz que es el acento de un soplo milenario
sería el dulce arrulló del caracol marino...

EL TRONCO

Quien niega sus regazos al triste peregrino?
Quedad... y entre mi seno tu místico plumaje
será como la flor que va aromando un traje...

LA GOLONDRINA

Retornaré mañana!

«La juventud es breve»
y pronto mis plumones «se cubrirán de nieves»,
y no podré mirar entre un recuerdo amado
mi sombra cual la tuya surgiendo del pasado!

Dejad que yo prosiga la ruta interrumpida,
y que haga más intensa la trama de mi vida!

.....

Y mientras a lo lejos, la clámide rumbosa
de la tarde extendía su gasa en la montaña
—a modo del aliento con que un cristal se empaña—;
furtiva, silenciosa,
partió la golondrina bajo el azul del cielo
borrando entre las nubes la sombra de su vuelo...

Arturo García Solano

PANDEMÓNÍUM regala a sus lectores con el hermoso *Poema de los Troncos*, laureado en los recientes Juegos Florales con la «Violeta de Oro», y que al decir de un distinguido cronista, representa una de las más bellas y atrevidas peregrinaciones por los campos del Arte.



Juegos florales
de 1914

Cromo

Soneto premiado
con Eis de Plata

Al caer de la tarde se moría
—como se dobla un tallo—el limpiabotas,
y al mirarlo en su lecho, parecía
una esperanza con las alas rotas.

Pálido, débil, en su frente había
como un agonizar de ansias ignotas...
Y giraban sus ojos en sombría
visión de horas oscuras y remotas.

Madre, murmuró entonces el moribundo
—con un hilo de voz que fué un sollozo—
arregla mi cajón que fué en el mundo

mi único amigo y mi mejor consuelo:
voy a lustrar, radiante de alborozo,
las botas de los ángeles del cielo.

J. Albertazzi Avendaño

La cerámica de Chira

Hay al Norte del Cantón de Nicoya, en la vertiente del río Tempisque, un barrio que lleva el nombre de Chira y que se halla guardado en alto, con marco de colinas al fondo y descansando sobre un valle fértil, de vegetación admirable por sus bosques elevados, de follaje espeso, siempre verde. Rodeando esa joyita artística de la Naturaleza están los barrios de San Antonio, San Lázaro, San Vicente y Santa Bárbara, notables todos en la provincia de Guanacaste por sus guacas indígenas, la excelencia de sus arcillas, la variedad de curioles que hay para pintar las vasijas de barro, y más que todo por haberse conservado allí los últimos rastros de la industria alfarera, tan notable entre los indios de Nicoya al tiempo de la conquista española.

En las Lagunillas de Santa Cruz hay, además, una arcilla de color rojo, de gran plasticidad, que mezclada con arenas finas, sirve igualmente para la fabricación de cántaros y otras vasijas de barro; pero las tierras que usan en el barrio de Chira son de color gris verdoso y otras de un negro pizarreño, procedentes de la descomposición de las rocas circunvecinas, que la erosión pluvial acarrea sobre el valle. Las arcillas que arrastran las aguas del río Tempisque y que deja depositadas en sus márgenes, son igualmente plásticas y podrían usarse también en la alfarería, mezclándolas con arena fina, que tanto abunda en aquellos lugares, conocida con el nombre de tierra de iguana, por ser esos reptiles los que se encargan de mostrar tales depósitos, al hacer la excavación de sus cuevas subterráneas. Son, pues, unos y otros materiales transportados por las aguas de lluvia *sobre las hondonadas, donde se forman*, con el trascurso de los años, depósitos de arcilla y bancos de arena, separados unos de otros, a veces, por algunos kilómetros de distancia.

La pasta preparada de una de estas arcillas, tiene un peso específico de 1,77 y su reducción en volumen, al secarse, es de un 30 por ciento, poco más o menos, según el estado de dureza que se le dé para trabajarla; quemada al rojo toma un bonito color de salmón, y las vasijas que con ella se fabrican son fuertes y duraderas.

El historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, al hablar de las parcialidades de Nicoya, dice: «En aquella de Chira se hace muy hermosa loza de platos y escudillas, e cántaros e jarrros, e otras vasijas, muy bien labradas, e tan negras como un fino terciopelo negro, e con un lustre de muy pulido azabache; e yo truje algunas piezas de esa loza hasta esta ciudad de Santo Domingo de la isla Española, que se podían dar a un príncipe por su lindeza; e del talle e forma que se les pide o se las manda hacer a los indios así las hacen».

En otra parte Oviedo se refiere concretamente a la isla de Chira; pero el hecho de no haberse encontrado guacas en la isla y el olvido total de esta industria, nos hacen pensar en una posible confusión, o en que los pobladores isleños fuesen concentrados al valle peninsular de que nos ocupamos.

Los actuales pobladores del barrio de Chira fabrican los cántaros y demás vasijas de barro, sin torno alguno, mostrando tal práctica y precisión en los contornos de sus manufacturas, que ponen de manifiesto la herencia indiscutible de los diestros alfareros precolombinos a que Oviedo se refiere. Sin embargo, los actuales alfareros han olvidado las formas artísticas y el precioso decorado con que sus antecesores levantaron un arte admirable; la inmensa variedad de formas, *tamaños y objetos diversos elaborados* por los chorotegas ha pasado a la historia arqueológica de aquella región, cuando pudiera ser una industria lucrativa actualmente: las arcillas se re-



Cerámica de San Lázaro

Obsequio del Presbítero don José María Velasco

cogen y se trabajan en seguida, sin dejar podrir las pastas el tiempo necesario, y con frecuencia fragmentos de roca entran en sus manufacturas, produciendo los naturales desperfectos al quemarse. Los antiguos colores: blanco, celeste, amarillo, rojo y negro, están hoy reducidos a los dos últimos, sobrepuesto el negro en dibujos de poco atractivo, sin relieves ni otros adornos de que los indios hacían una aplicación encantadora.

En el interior del país los fabricantes de tinajas son menos afortunados todavía. Sin dibujos, de pasta ordinaria y porosa, quebradizas y faltas de gracia, las vasijas que salen al mercado alcanzan un precio reducido. Por otro lado, acostumbrados los costarricenses a vivir de la importación en todos los ramos, sin exceptuar siquiera los productos agrícolas, las personas que han tratado de implantar la industria alfarera en la meseta central, han fracasado en tres tentativas, contando aún con obreros expertos venidos al país con ese propósito; y no porque los trabajos ejecutados sean malos, pues tenemos a la vista algu-

nas vasijas hechas por obreros españoles, recientemente, que son preciosas en todos conceptos. Debido a nuestra escasa población, la fábrica en grande sería un fracaso; pero la educación industrial, a domicilio, en los barrios productores de cerámica tiene que ser forzosamente provechosa.

En los pueblos del Guanacaste, antes citados, se fabrican las lozas dentro de las habitaciones, por las mujeres de la casa, en medio de todas las incomodidades de la familia y los animales domésticos; se secan en pisos de tierra y finalmente se calientan al sol, para meterlas al horno corriente de asar bizcocho, donde se cuecen entre tizones y brasas, hasta poner las arcillas al rojo. Si a pesar de tantos inconvenientes se conserva la industria y con ella se llenan las necesidades del pueblo, es natural pensar que cualquier impulso que se le dé redundará en benéficos resultados, y con mayor motivo hoy que las fábricas de Alemania, Bélgica, Inglaterra y Francia están cerradas por la guerra europea. Poco importa que volvamos al tiempo en que se usaron las ollas y escudillas de barro, si este esfuerzo y necesidad social vienen a ser el origen de una nueva industria, y a revelarnos



Sobre un fondo de crema se destacan los dibujos de colores amarillo, rojo, sepia y negro

más tarde que tenemos en el país ya-
cimientos de Kaolín que pueden su-
ministrar el material para una o varias
fábricas de porcelana.

El trabajo de las arcillas parece
marcar un florecimiento en las socie-
dades humanas en todos los tiempos,
y con el hombre viajan las fábricas de
loza de oriente a poniente, mostrando
el grado de cultura a que llegaron los
pueblos antiguos y el estado en que
se hallan las agrupaciones modernas.
Desde el punto de vista artístico, se-
gún la Biblia, Dios formó el hombre
de barro, a su imagen y semejanza, y
desde entonces las grandes creaciones
escultóricas han tenido por origen una
pelota de arcilla.

No falta, entre nosotros, quienes
piensen que las ciencias nada aportan
al progreso de los pueblos, olvidándo-
se de que todo lo que somos se lo debe-
mos al descubrimiento de América, y
a la siembra del café y bananos, y
que fueron hombres salidos de las uni-
versidades quienes nos hicieron tales
bienes; los trabajadores ordinarios son
ruedas de la máquina social, que no
entrarían en movimiento provechoso
sin el impulso generador que las cien-
cias les imprimen. Mas para el objeto
que ahora nos proponemos no precisa
saber si las arcillas contienen silicato
hidratado de alúmina, ni si el curiol



Vaso de la Salamandra

Nº 3022 de la Colección Matarrita.—Museo Nacional

negro es simplemente un óxido de
hierro, o nódulos de manganeso, ni
si tenemos a las orillas de San José
tierra roja de la que se usa para hacer
pintura, o el cerro del Tablazo guarda
en sus alturas un magnífico depósito
de Kaolin verdadero; sabemos que hay
en Costa Rica arcillas de primera cla-
se y eso es bastante.

Para la industria de cerámica no se
necesitan grandes capitales ni muchos
operarios, un pequeño impulso estable-
cería una fuente nueva de riqueza na-
cional, con materiales propios y más
que todo con un muestrario número-
so en la galería del Museo de antigüe-
dades, para resucitar una fuente de
trabajo, con caracteres típicos, que el
mutismo de los años dejó sepultada
desde principios del período colonial.
La ley evolutiva de esta industria nos
llevaría a la transformación de los
contornos y ornamentos, de acuerdo
con las necesidades y cultura de nues-
tros días. La absorción del capital po-
drá adueñarse de los terrenos feraces,
acaparar los ingenios y manejar las
industrias mecánicas, pero la habili-
dad de los obreros expertos siempre
tendrá alta retribución.

Anastasio Alfaro



Cerámica de Santa Bárbara

Sobre el fondo blanco se presenta el escudo, tallado
en colores, celeste, gris, negro y salmón.

Las intenciones de Walker

(Concluye. — Véase el número anterior.)

Nuestro primer impulso fue no desanimarnos con tales bagatelas. Se alistaron los hombres, — cada uno había recibido su rifle, su revólver y arco, con las municiones necesarias, — y se hicieron todos los preparativos para cortar en la noche nuestro buque, que yacía como a trescientas yardas. Como una cortesía que no pude rehusar, pero que no me agradaba, me dieron el mando de un bote y me vestí de acuerdo con el cargo. Justamente antes de ponerse el sol observamos, para desgracia nuestra, el bote de un navío de guerra inglés que a nosotros se dirigía; momentos después el Capitán Cockburn, del navío de Su Majestad «Cosaco» estaba en el camarote del capitán, haciendo las más indiscretas averiguaciones acerca de la clase de emigrantes que éramos. Pronto quedé satisfecho; y como incautamente aventuré una observación que reveló mi nacionalidad, se me ordenó al punto que pasara al bote como súbdito inglés, pues me hallaba en donde uno de éstos no tenía derecho de estar. Como más adelante él anunciara que iba a anclar su navío en un punto que le permitiera disparar sobre ambos combatientes con entera imparcialidad, en caso de que ocurriese un combate por la noche, sentí menos esta repentina separación de mis compañeros de última hora, tanto más cuando supe que el comandante de la flotilla

era un primo mío lejano. El anuncio de mi partida fue recibido con cierta incredulidad; me embarqué en el «Orion», un navío de dieciocho cañones, que llevaba la bandera del Almirante Erskine; entre tanto, el Capitán Cockburn tomaba informes del «Texas» y de sus tripulantes.

Tan pronto como el almirante volvió de la sorpresa que mi presencia le ocasionara, me consideró su huésped del modo más amable; y pasé algunos días muy agradables observando a los «emigrantes» que paseaban desconsolados sobre cubierta; pues los costarricenses fuéronse por la noche y subieron por el río, quedándose los enemigos sin qué hacer. La cuestión que a ellos ahora se presentaba era la de unirse a Walker. Muy pocos lograron esto; y el no haberle llegado este refuerzo fue la causa del desastre que obligó «al hombre de los ojos azules», como su amigo lo llamaba, a huir del país poco tiempo después. ¡Pobre Walker! a la intromisión británica debió estos infortunios y por fin su muerte prematura. Pues como regresara a Centro América, con el intento de establecer en Honduras su base de operaciones, le capturó en Trujillo el Capitán Salmon (ahora Sir Nowel) y le entregó al Gobierno hondureño, que lo ahorcó al punto.

Lorenzo Oliphant

A LOS AUTORES Y CASAS EDITORAS

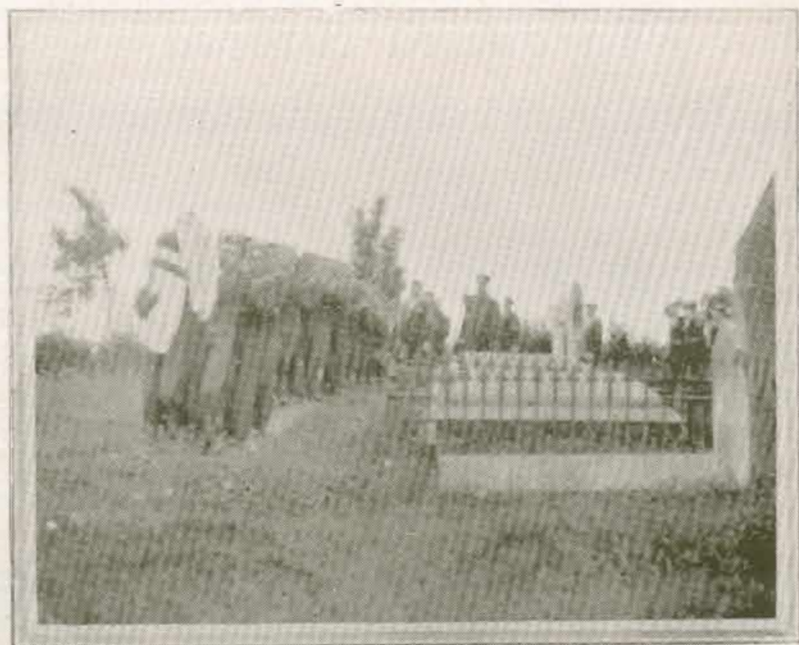
PANDEMONIUM publicará referencias y aun juicios críticos acerca de las obras que se le envíen.

La guerra europea



EL KAISER Y VON MOLTKE

inspeccionando el campo desde las trincheras, antes del bombardeo de Nancy.



Marinos británicos dando sepultura en la misma tumba a los marinos alemanes e ingleses que sucumbieron en la catástrofe del *Amphion*.



Salvas por los marinos ingleses en el acto del sepelio de las víctimas.



GENERAL FRENCH

Jefe de las fuerzas expedicionarias inglesas que operan en Francia



WINSTON CHURCHILL
Primer Lord del Almirantazgo inglés



LORD KITCHENER
Ministro de la Guerra inglés

El lema del reino de Bélgica

La divisa del floreciente reino de Bélgica no deja de ser algo paradójica. La *unión* de sus ciudadanos tuvo precisamente por objeto *desunir*, esto es, desunirse de Holanda, a la cual la habían anexionado los tratados de 1815.

Este era, en dicha fecha, el último cambio experimentado por la que Julio César denominaba *Galia belga* y que por tantas vicisitudes hubo de pasar en el transcurso de los siglos. De ahí que sea su historia tan variada. Romana durante 450 años, fué invadida luego por los *francos* y en ella tuvieron su cuna los merovingios de Clodoveo y los carlovingios de Carlomagno; llamóse luego Austrasia y formaba parte del reino de los francos, y en el transcurso del siglo IX fué agregada al reino de Lorena, o Lotaringia, que comprendía provincias francas y provincias germánicas.

Por aquel mismo tiempo comenzó una gran disgregación de aquel pueblo, tantas veces traído y llevado; cansados los belgas de ser franceses o alemanes resolvieron ser solamente belgas, pero en vez de constituirse en nación propia, cada señor se proclamó soberano y así se formaron los condados de Flandes, de Henao, de Namur, de Brabante, de Luxemburgo, de Limburgo, erigidos más adelante en ducados.

Reinaba, pues, el feudalismo, y los feudales, como en todas partes, se pasaban el tiempo haciéndose la guerra entre sí o vejando a sus vasallos; pero en Bélgica no ocurrió lo que en Francia, en Alemania, en la Corona de Aragón o en Galicia. El pueblo, con sus poderosos *comuneros* o concejos, y los artesanos, con sus *gildas* o gremios, se levantaron contra sus opresores, rodeáronse de fuertes murallas, construyeron casas consistoriales y erigieron elevadas torres, prontos siempre a acudir a las armas para defender sus libertades.

Por un conjunto especial de circunstancias que no ofrecen grande interés para nuestro objeto, aconteció que casi todos aquellos ducados fueron a parar a manos de los duques franceses de Borgoña, y no sólo los ducados belgas sino también Holanda, Zelandia y Frisia. Este magnífico Estado, cuya posesión le valió a Carlos el Temerario el título de *el gran Duque de Occidente*, pasó luego a la ilustre casa de Austria, en la persona de Maximiliano *sin blanca*,—el abuelo del emperador Carlos V,—por su enlace con la duquesa María, única hija y sucesora del Temerario.

Maximiliano de Austria, que siempre tenía mucho que hacer en todas partes, sin que en ninguna hiciese nada de provecho, dejó a Bélgica bajo la regencia de su hijo el archiduque Felipe *el Hermoso*, marido y verdugo de nuestra pobre Doña Juana *la Loca*, lo cual sirvió para estrechar las relaciones de los Países Bajos con España y sus Indias. Muerto el archiduque-rey y durante la minoridad de nuestro Carlos I continuó el sistema de regencia, confiada a su tía paterna Margarita, que resultó una admirable gobernante, y cuando al subir Carlos al trono de Alemania cedió a su hermano el madrileño Fernando todos los países y estados que había heredado de Maximiliano, reservóse, sin embargo, además del imperio de Alemania, los Países Bajos.

Fallecida la regente Margarita en 1530, Carlos V nombró para dicho cargo a su hermana María, lo cual indica el mucho caso que hacía de aquella espléndida posesión. Sujeta Bélgica a la soberanía de los reyes de España, siempre ausentes de Madrid, parecía como destinada a ser gobernada a guisa de un virreinato, lo cual no impedía que fuese maravillosa su prosperidad, resultando tan liberales, probos y respetuosos de las leyes los

españoles como tiránicos, rapaces y brutales se habían mostrado los flamencos, que, cual una nube de langosta, habían seguido a Felipe *el Hermoso* y a su hijo Don Carlos I.

Por desgracia, la Reforma religiosa, que tenía trastornada a Europa, se introdujo también en los Países Bajos, y todos saben lo que ocurrió. Guillermo de Orange logró separar del dominio español las Siete Provincias Unidas, o sea casi todo el reino vulgarmente llamado de Holanda, si bien nos quedaban aún las actuales provincias de Bélgica y la llamada hoy Flandes francesa, que también formaba parte de los Países Bajos.

Todo lo perdimos con espantosa rapidez: Luis XIV se apoderó del Artois y de gran parte de los países fronterizos (Gravelinas, Thionville, Landrecy), y a fines del siglo XVII, después de Rocroy, casi todo se hallaba en poder de Francia; gracias a la conquista de Alsacia, tuvo a bien Luis XIV devolver Bélgica, no a la corona de España, sino a la casa de Austria.

En lucha la República francesa con Alemania, apoderóse de Bélgica y por de contado se la anexionó, como después se apoderaba Napoleón del reino de Holanda, y francés siguió siendo hasta 1815, en que, por los tratados de Viena, formaron Bélgica y Holanda un solo reino llamado de los Países Bajos.

En suma, Bélgica dependió de España durante 320 años, siendo teatro de aquellas famosas guerras de Flandes que tanto dinero y tanta sangre nos costaron, contribuyendo no poco a nuestra debilidad y ruina.

* *

Con la susodicha incorporación de Bélgica a Holanda demostró una vez más la diplomacia su impericia, pues no podían darse dos estados de más distinto carácter. Holanda, país pobre, era comerciante y navegante; Bélgica, país ubérrimo, era industrial y agrícola. Hablábanse lenguas diferentes; predominaba en Bélgica el catolicismo y en Holanda el protestan-

tismo; mediaban además hondos agravios históricos, tendente siempre Bélgica a Francia y Holanda a Inglaterra, las dos eternas rivales.

El gobierno de La Haya, por otra parte, hubo de conducirse desde luego con marcada parcialidad en contra de Bélgica: la mayor parte de la contribuciones procedían de ella; no se respetaban sus sentimientos religiosos; se obligaba a emplear la lengua holandesa ante los tribunales y se cometían toda suerte de abusos en perjuicio de nuestro antiguo virreinato de los Países Bajos. No es esto decir que dejara de prosperar, pero es cosa que se ve todos los días el que un Estado prospere a pesar de los malos gobiernos.

Había sido designado para ocupar el flamante trono de los Países Bajos el príncipe Guillermo I de Nassau,—extinguida la casa de Orange,—hombre de gran talento, sobre todo en materia de negocios financieros, pues era socio o comanditario de las casas de comercio más fuertes y, por su cuenta y riesgo, había fundado la Compañía General de Bruselas, siendo así que antes no había más Banco con privilegio de emitir billetes que el de Amsterdam.

Desde el punto de vista de la prosperidad material, no cabía negar que jamás había sido mayor en Bélgica que desde su incorporación a Holanda; pero Guillermo I de Nassau, holandés de corazón, no consideraba al antiguo Estado de los Austrias más que como un territorio provincial, anexionado o, mejor dicho, subordinado a su reino. De ahí la mayor parcialidad en los nombramientos para los cargos públicos, desempeñados casi sin excepción por los holandeses, mientras los belgas, tan ilustrados, tan inteligentes y tan dignos como ellos, se veían rechazados o postergados.

Dábase también el caso de que, siendo los belgas cuatro millones y los holandeses sólo dos, estuviesen representados por igual número de diputados y senadores, a cuyos errores debía sumarse la fundación de una universidad protestante en Lovaina, con gran-

dísimo disgusto del clero católico, que constituía, entonces como ahora, un formidable poder. Esto hizo que, comprendiendo católicos y liberales que *la unión hace la fuerza*, se unieran estrechamente, de donde la divisa de su monarquía.

En un principio no aspiraban los belgas a una separación de los dos estados: se contentaban con lo que llamamos hoy «una amplia descentralización administrativa»; no querían se les obligase a emplear el holandés en las escrituras públicas ni en los tribunales de justicia, deseaban una burocracia distinta; pero a todo se oponía tercamente el rey Guillermo, que tenía por órgano de su personal voluntad al Ministro de Justicia, Van Maanen, orador provocativo y violento, que con sus exageraciones unitarias y centralizadoras se había concitado el odio más profundo de los belgas.

Ocurrió en esto la revolución de 1830, que arrojó del trono de Francia a los Borbones, y sabido es hasta qué punto se conmovió Europa entera con aquel trascendental suceso. Mal afianzado en un principio el solio de Luis Felipe, se daba el caso de que hubiera en Francia dos gobiernos: el del rey burgués y el de los clubs revolucionarios. Este partido, compuesto de jóvenes republicanos o bonapartistas, románticos, en general ligeros de bolsillo, bulliciosos y audaces,—en contraposición a la clase media, atenta únicamente al negocio y enemiga de toda calaverada,—ambicionaba que Francia se extendiese hasta el Rhin, y por odio a los tratados de 1815 exigía del gobierno neo-monárquico se amparase a Bélgica.

Figuraban a la cabeza de este partido juvenil los generales Lamarque y Richemont, con M. Manguin, quienes estaban en continua correspondencia con los numerosos belgas que aspiraban a la anexión a Francia, y en su paciencia por alborotar, si otra cosa no pudiera hacerse, partieron para Bruselas algunos emisarios clubistas al objeto de excitar los ánimos y soliviantar las pasiones.

Y no tardaron en conseguirlo. Representábase en el magnífico teatro de la Moneda, la noche del 25 de agosto (1830), la nueva ópera de Aubert: *La muette de Pórtici* (*La Muetta de Pórtici*), cuyo argumento está basado en las Vísperas Silicianas, y al salir del coliseo gran número de concurrentes se dieron a recorrer las calles entonando un himno patriótico que es uno de los mejores trozos de dicha ópera, al mismo tiempo que gritaban otros: *¡Imitemos a París! ¡Viva Bélgica libre!*

Y así estalló el motín, pues no pasó por entonces de motín. Paseóse por la vía pública una bandera tricolor, fueron saqueadas algunas tiendas de armeros, lanzáronse algunas piedras contra la Audiencia, arrojáronse a la calle los muebles de un periodista ministerial y por fin, con grande algazara, se pegó fuego a una casa propiedad del odiado Van Maanen, el agresivo ministro de Justicia, por más que no se hallase en Bruselas, sino en La Haya.

A pesar de no tratarse más que de una protesta ruidosa, sin asomo de movimiento revolucionario, para lo cual nada había preparado, alarmáronse las que se han llamado después las clases conservadoras, que no querían en manera alguna separarse de Holanda, pues los negocios iban viento en popa desde la agregación, sino una simple descentralización administrativa. El motín no había sido cosa suya, sino de cuatro jóvenes alocados y del pueblo, azuzado por el clero católico.

Pero no tardó el motín en adquirir caracteres muy inquietantes para los industriales y comerciantes, más atentos a sus particulares intereses que a patrióticos idealismos. Ondeaba en las casas consistoriales, o como allí decían, en el *Hotel de Ville*, la bandera brabantona; notábase profunda fermentación en las masas; Lovaina, Lieja y Namur se hallaban en plena insurrección, y para añadir leña al fuego la prensa oficiosa holandófila no hacía más que pedir el severo castigo de los *rebeldes*.

* * *

El rey Guillermo de Nassau no pudo menos de enviar fuerzas holandesas para restablecer el orden, poniéndolas al mando de sus hijos el príncipe de Orange y el príncipe Federico. Llegadas las tropas a la vista de Bruselas, salió a su encuentro una comisión de la burguesía para invitar a los holandeses a entrar en la ciudad, a lo cual respondieron los hijos de Guillermo que no lo harían sin que antes fuese retirada la bandera brabantona para ser substituída por la orangista. A la noticia de tal condición erízase Bruselas de barricadas, levantadas con adoquines de las calles y troncos de árboles. Los *héroes de barricada* eran clericales y liberales, que obraban según el principio de que *la unión hace la fuerza*.

No nos entretendremos en pormenores que no son pertinentes a nuestro asunto; fué otra comisión a ver a los príncipes, y el de Orange se allanó a entrar en Bruselas solo, sin más que su escolta, confiándose a la lealtad de los belgas. Y, en efecto, entró creyendo hacerlo en una ciudad hermosa, pacífica, pero pronto pudo convencerse de que no había tal; la preciosa capital de Brabante, la antigua corte de nuestros regentes españoles y de los gobernadores austriacos estaba convertida en una fortaleza. El príncipe de Orange, sin embargo, podía convencerse de que nada iba contra él. Si ensordecían los gritos de: *¡Viva la libertad! ¡Muera Maanen!, al Hotel de Ville!*, también se gritaba: *¡Viva el príncipe!*

El de Orange estaba asustado, como bien lo indicaba la palidez de su rostro, pero no tardó en reponerse cuando comenzó a oír hablar de *separación*. ¿No podría ser él quien ciñese la corona de Bélgica? Y, en efecto, todo indicaba que podría muy bien ser así; Orange y los bruseleses parecía que se habían entendido, y bajo tal impresión salió de la ciudad el príncipe,—que no debía volver a poner los pies en ella,—el 4 de setiembre de 1830.

Era Orange muy simpático y muy

talentado, y tal vez hubiera hecho un buen rey para los belgas, pero sus costumbres disolutas, su afición al juego, que le había llevado a substraer los diamantes de su esposa, su pasión por los placeres le habían suscitado muchos detractores, aparte de lo cual le era poco menos que indiferente a a su padre, siempre metido en sus negocios comerciales y aun envidioso de su don de gentes y de la simpatía que inspiraba, por lo cual prefería de mucho al semi-imbécil Federico, su hijo segundo.

La ocasión parecía pintiparada para la anexión de Bélgica a Francia, pero en manera alguna podían convenir en ello el clero y la nobleza, dueños de las masas y enemigos mortales del pueblo que había guillotinado a Luis XVI y expulsado a Carlos X. Bélgica independiente, sí, pero jamás francesa; y no hay que decir que si curas y aristócratas estaban en contra de la anexión a Francia, no menos repugnaban los liberales a que entrase a formar parte de aquella monarquía de Julio que había escamoteado a los héroes de las barricadas la república o el plebiscito napoleónico.

Con todo, y a pesar de la unión entre católicos y liberales belgas, aun hubiera podido Francia atraerse a aquella nación, agregado de departamentos franceses desde 1795 a 1814; pero los industriales temían la competencia de los fabricantes belgas y el presidente del Consejo de ministros, M. Casimiro Perier, propietario de las minas de carbón de piedra de Anzin, ya se creía arruinado por los mineros de la cuenca de Charleroi. Y en virtud de esos intereses se renunció a la anexión.

Entretanto, todo era confusión en Bruselas y no había en Bélgica más que una parodia de gobierno; en realidad reinaba la anarquía, con gran espanto de las clases conservadoras, que en manera alguna querían renunciar a la dinastía de Nassau, salvo concedérseles la separación administrativa, favorable a sus intereses; pero con gran terror hubo de desvanecerse este sueño al rumor de que en breve

llegaría el príncipe Federico, al frente de numeroso ejército, para castigar a los rebeldes.

Todo era sobresalto y confusión en la ciudad. La guardia cívica,—o sea la milicia nacional, compuesta de vecinos de acreditada responsabilidad, sostenedores del orden,—hizo fuego contra un grupo de obreros, tres de los cuales cayeron gravemente heridos. Tocóse a rebato en el campanario de la catedral de Santa Gúdula y toda la ciudad quedó nuevamente erizada de barricadas. A la noticia de que se acercaban los holandeses, dispúsose todo el mundo a vender cara su vida. El 23 de setiembre entraban 9,000 hombres al mando del príncipe Federico, pero en vez de atacar a los insurrectos se encerraron en el Parque, donde quedaron sitiados. Tres días duró el combate, durante el cual los holandeses no cesaron de bombardear la ciudad, hasta que por fin tuvieron que emprender la retirada.

Constituyóse entonces un gobierno provisional, compuesto de *católicos* y *liberales unidos*, verdadera representación del partido patriota, mientras seguían adictos a Holanda los llamados orangistas, —banqueros, industriales, empleados.—El nuevo gobierno convocó una Asamblea para que resolviese las graves cuestiones pendientes. La composición de aquel Congreso no podía ser más heterogénea: allí estaban el abate de Haern, clérigo republicano; el honrado M. Seron; partidarios de la anexión a Francia, católicos, etcétera. Con todo, la disposición del salón juzgaba ya el resultado que tendría la Asamblea, pues en vez del trono figuraba una panoplia con dos banderas tricolores, y en vez de las armas de los Países Bajos con la divisa *Je maintiendrai*, figuraba un escudo con el león belga blandiendo una lanza y coronado con el birrete de la Libertad, y la divisa *L'Union fait la force*. Y, en efecto, la Asamblea proclamó por unanimidad la independencia de Bélgica (18 de Noviembre de 1830). Vino luego la discusión acerca de la forma de gobierno y se acordó establecer el régimen monárquico, con

vivo disgusto de los elementos republicanos, si bien éstos formaban una escasa minoría.

A todo esto, el príncipe de Orange había establecido en Amberes,—siempre leal a Holanda,—una especie de contragobierno, pero inquieto por si surgía una revolución, salió de la ciudad, que fué luego bombardeada y quedó incendiada en gran parte.

* * *

Continuó la guerra entre holandeses y belgas, siempre unidos éstos, hasta que, completamente libre el país de la presencia de aquellos extranjeros, se celebró un Congreso europeo en Londres, quedando reconocida la independencia del nuevo Estado en forma de monarquía.

Comenzaron entonces los belgas a buscar candidatos; los primeros fueron dos franceses: el duque de Nemours, hijo de Luis Felipe, y el duque de Leuchtemberg, hijo de Eugenio de Beauharnais (el entenado de Napoleón I, hijo de Josefina); no cuajaron una ni otra, pues aunque fué proclamado el duque de Nemours por mayoría de votos, su padre no quiso que aceptara. Así transcurrieron algunos meses hasta que por fin fué elegido, bajo la influencia de la gran Bretaña, el príncipe inglés Leopoldo de Sajonia-Coburgo, de origen alemán, que subía al trono el 4 de Julio de 1831.

Guillermo de Nassau no quiso pasar por la humillación de reconocer aquel estado de cosas, y fiel a su divisa de *Mantendré*, declaró la guerra a Bélgica; Francia envió un ejército para apoyar al nuevo reino, y se cubrió de gloria en la toma de Amberes, pero las grandes potencias la obligaron a retirarse, y reunida una nueva conferencia, quedó definitivamente resuelta la cuestión.

La dinastía de Sajonia-Coburgo mantuvo la divisa de *L'Union fait la force*, establecida por la Asamblea de 1830, en recuerdo del triunfo conseguido por la patriótica solidaridad de católicos y liberales, republicanos y monárquicos, todos a una contra Ho-

landa y en pro de la independencia belga.

El rey Leopoldo mereció ser llamado *el Nestor de los reyes*, y en más de una ocasión contribuyó con sus sabios consejos a mantener la paz europea. Por lo demás, tan poco apego tenía al poder que como en cierta ocasión estallara un grave motín en Bruselas, salió al balcón y exclamó:

—No rompáis nada. Me voy a marchar.

No es menester decir que todo el mundo se apresuró a suplicarle que no se marchase.

Desde la fecha feliz de su independencia ha sido Bélgica un modelo de libertad política y ha alcanzado una prosperidad inaudita en todos los órdenes de la civilización; declarada Estado neutro, ha podido gozar de la más profunda paz, pero si alguna vez se viera agredida se vería ciertamente como todos los partidos depondrían sus diferencias y lucharían confundidos bajo la divisa que les condujo al triunfo.

Alfredo Opisso



Princesa Imperial Victoria Luisa, única hija mujer del Emperador Guillermo II acompañada de su esposo el Príncipe de Cumberland, Regente de Brunswig, y de un Ayudante de Campo.

Los ídolos actuales del pueblo belga



ALBERTO I
Rey de los belgas.



GENERAL LEHMANN
Defensor de Lieja

Visión apocalíptica

El gran novelista francés Emilio Zola, en *Travail*, una de sus últimas obras, tuvo la visión de la gran guerra futura y la trasladó al papel del siguiente magnífico modo:

«—¡Ah, la última guerra, la última batalla! Fueron tan terribles que los hombres rompieron para siempre sus espadas y sus cañones... Era al principio de las grandes crisis sociales que acababan de renovar el mundo, y me han contado cosas espantosas, hombres que por poco se vuelven locos en medio de aquel choque supremo entre las naciones. En la crisis furiosa de los pueblos, preñada de la sociedad futura, media Europa se había arrojado sobre la otra media, y

todos los continentes habían ido detrás. Chocaban las escuadras en los océanos para dominar el agua y la tierra. Ni una nación quedaba fuera de la lucha; unas a otras se habían arrastrado. Ejércitos inmensos entraban en línea de batalla, ardiendo de furor hereditario, resueltos a aplastarse, como si por los campos vacíos y estériles hubiese, por cada dos hombres, uno de sobra... Los dos ejércitos inmensos de hermanos enemigos se encontraron en el centro de Europa sobre vastas llanuras, donde millares de seres podían degollarse. Ocupando leguas y leguas desplegaron las tropas, seguidas de otras de refuerzo, en tal torrente de hombres, que la batalla

duró un mes. Cada nuevo día había más carne humana para el fuego de cañones y fusiles.

No se levantaba a los muertos; los montones formaban murallas, detrás de las cuales los nuevos regimientos, venían a hacerse matar. La noche no suspendía el combate; se mataba en la oscuridad. El sol a cada aurora alumbraba grandes charcas de sangre. Un campo de matanza cuyas mieses horribles, los cadáveres, se amontonaban en haces cada vez más altos. Por todas partes el rayo, que de un golpe hacía desaparecer cuerpos de ejército enteros. Los combatientes no necesitaban siquiera acercarse ni verse; los cañones lanzaban a muchos kilómetros granadas cuya explosión arrasaba hectáreas de terreno y asfixiaba, envenenaba. Desde el cielo mismo los globos lanzaban bombas é incendiaban los pueblos al pasar. La ciencia había

inventado explosivos, máquinas de muerte capaces de llevarla a distancias prodigiosas, de tragar bruscamente todo un pueblo como un temblor de tierra... ¡Y qué monstruosa carnicería en la última tarde de esta batalla gigantesca! Jamás todavía tamaño sacrificio humano había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allí, por los anchos campos devastados, a lo largo de los ríos, a través de las praderas. Se caminaba horas y horas y siempre se encontraban más y más cadáveres, con los ojos abiertos, vociferando la locura humana, con las negras bocas también abiertas... Y fué la última batalla, porque el espanto heló los corazones al despertar de esta embriaguez horrible, y fué universal la certidumbre de que la guerra ya no era posible con la ciencia omnipotente, soberana creadora de vida...»

La caricatura extranjera



EN EL TEATRO DE LA GUERRA

Los pueblos salvajes riendo a carcajadas de la civilización europea.

Un caso

En las elegantes vitrinas del *Siglo Nuevo*, esas exposiciones permanentes de un afán comercial, que suelen acoger de tarde en cuando para exhibirlas—con un cariño que las hace simpáticas—las obras valientes del arte nacional, está expuesto ahora un cuerpo humano de cartón construido para el estudio de la anatomía en las escuelas.

Nadie al verlo se imagina que tal artefacto se ha ejecutado aquí. Acostumbrados a que todo lo bueno y lo perfecto debe necesariamente venirnos de otras tierras, vivimos convencidos de que la nuestra sólo ha de producir café para solaz de los explotadores y rencillas indecorosas para vergüenza perdurable de los altos espíritus.

Sin embargo, ese complicado mecanismo destinado a ilustrar nuestra enseñanza pública, atacada desde hace años de un literatismo agudo cuyos fatales resultados se están ya constataando, ha sido hecho por un costarricense; y al decir de un distinguido médico que ayer juzgaba desde la acera la obra expuesta, es la exacta expresión del mecanismo humano.

Su autor es Eduardo Fournier.

Pero ¿quién es Eduardo Fournier?

Nadie ha leído ese nombre en los papeles de versos y autobombos; nadie ha escuchado sus chispeantes disertaciones en la esquina del Imperial.

Él es un trabajador silencioso y audaz, que no teme desarrollar su ingenio entre los pedregales de la barbarie criolla, a sabiendas de que ese atrevimiento le señala irremisiblemente los caminos del desaliento o de la proscripción.

Nadie hará caso, por supuesto, de tan gallardo intento. La Prensa, la encantadora Prensa que nos guía al través de esta *edad de oro*, es ciega para todo lo que no sean los aureos brillos; y los mentores de la educación apenas si tienen humor para el estudio de las *teorías docentes* que seguirán siendo por siempre su más provechosa ocupación.

Eduardo Fournier, tendrá, sin embargo, el abrazo efusivo de cuantos como él vivimos sin resignarnos en el presidio de este ambiente.

Billo

Imitación de Carducci

Ven apoya tu brazo sobre el mío;
Antes que el brazo el corazón te dí,
Bella es la noche, transparente el río,
¿Y el el cielo? mira, se parece a tí.

Todo es perfume y embriaguez y vida,
Se enredan en las flores nuestros pies;
¿Oyes cantar? del ruiseñor que anida
En tu mismo jardín la canción es.

¿Dices que son hermosas las estrellas,
Clara la fuente, el prado encantador?
Aun son más claras las pupilas bellas,
Es más encanto para mí tu amor.

Qué me importa el concierto de las aves
Y el matiz de las rosas ideal,
Y escucho de tu voz los ecos suaves,
Si contemplo tu rostro angelical?

Deja que entre su verde cabellera
Envuelva el árbol la rugosa sien,
Y entre la tuya rubia y hechicera
Pueda yo un punto reposar también.

¡No quiero ver del campo los primores,
Verte a tí sola quiero, a tí no más;
Yo sé que han de volver hojas y flores
Y sé que tú, mi amor, no volverás!

Manuel del Palacio